

Cervantes revisa su novela (*Don Quijote*, I Parte).

por

Geoffrey Stagg

Traducción de Mario Ferreccio Podestá*

I

Poco se sabe acerca de los métodos de composición y revisión de Cervantes, y debemos cuidarnos de generalizar a partir de ese poco que sabemos. La rotunda aserción de W. Entwistle de que "hay testimonio contundente de esmero y planeamiento"¹ en las obras cer-

*Ofrezco a los lectores de español —estudiantes y estudiosos— esta versión del artículo "Revision in *Don Quijote*, Part I", del Prof. Geoffrey Stagg, aparecido en los *Hispanic Studies in Honour of Ignasi González Llubera* (Oxford, The Dolphin Book Co. Ltd., 1959), pp. 347-366. Se trata, con certeza, de la más importante contribución al conocimiento de la cuestión formal y textual de *Don Quijote*, a través de una tesis poderosamente cautivadora y convincente, que goza de los dos atributos a que aspiran las proposiciones filológicas verdaderas: simplicidad y comprensión (esto es, partiendo de un solo supuesto, otorgar sentido armónico a un amplio conjunto de hechos aparentemente heterogéneos e inexplicables). Por su densidad, el trabajo no es siempre de lectura fácil (el autor prepara todo un libro sobre el asunto: "I am now writing a book on the composition of the First Part of the *Quijote*"); me he permitido, en vista de ello, añadir algunas notas con la esperanza de allanar dificultades; van entre corchetes para distinguirlas de las del propio autor, quien ha autorizado y aprobado textualmente la versión y revisado para ella el original inglés. El prof. Stagg es Jefe del Departamento de Italiano y Estudios Hispánicos en la Universidad de Toronto (Canadá), y se ha constituido en uno de los primeros créditos del hispanismo de lengua inglesa.

¹*Cervantes* (Oxford, 1940), p. 4.

vantinas peca por la falta de presentación de tal testimonio (¿en qué lugar lo hallamos, por caso, en alguna de sus piezas dramáticas?). Es verdad que, confrontándolo con la versión impresa de dos de las *Novelas ejemplares*, el manuscrito Porras da fe del cuidado otorgado a aquélla por el autor; pero las implicaciones de tal hecho no deben exagerarse². La calidad de los resultados bien puede respaldarnos si nos inclinamos a pensar que alguna de las novelas ejemplares³, así como *La Galatea* y *Persiles*, fueron concienzudamente elaboradas y, quizá, revisadas. Pero no tenemos derecho a suponer sólo por eso que *Don Quijote* fue objeto de atención similar.

Tal suposición, por cierto, entraría en conflicto con la firme opinión de quienes han estudiado con mayor aplicación el texto de la novela. "Cervantes escribía de una vez y no volvía atrás a rever lo que llevaba escrito", fue el terminante veredicto de Clemencín⁴. Rodríguez Marín se quejaba de las reiteradas dificultades textuales, atribuibles a "el desaliño con que de ordinario escribía su autor, descuidado siempre de volver sobre lo hecho para corregirlo y pulimentarlo"⁵. Los casos de negligencia —que una revisión alerta hubiera eliminado— son tan numerosos en la obra, que el mismo estudioso

²[*Rinconete y Cortadillo* y *El Celoso extremeño* se conservan en dos versiones: una que viene en la edición príncipe de las novelas ejemplares (1613), y otra que, entre otras cosas no cervantinas, trae el códice de Porras de la Cámara (1606, hoy perdido, pero que alcanzó a imprimirse antes de extraviarse); esta última versión es considerada como un primer esbozo, que el autor pulimentó al disponerse a publicarlo, si bien] "Algunos pasajes del códice de Porras de la Cámara denotan la intervención literaria de un escritor de estilo diferente al de Cervantes", observa Criado de Val, *Análisis verbal del estilo* (Madrid, 1953), p. 28.

³No todas las novelas ejemplares recibieron necesariamente la misma atenta revisión. Cf. Icaza: "A juzgar por las trazas, esta novela [esto es, *La española inglesa*] debió de ser improvisada. De otro modo no se explicarían los descuidos de estilo, y las contradicciones en que se enreda la narración", *Las "Novelas Ejemplares" de Cervantes* (Madrid, 1901), p. 143.

⁴Nota 21 a 1 Pte., Cap. 7 (*Don Quijote*, ed. del IV Centenario —Madrid, 1947—, p. 1075).

⁵*Don Quijote*, ed. de Rodríguez Marín, 10 vols. (Madrid, 1947-49), I. xiv.

anota en el exhaustivo índice de su edición en diez volúmenes: "Descuidos de Cervantes 1, xxii y *passim*"⁶, y deja las cosas así. Para Ricardo Rojas, la negligencia de Cervantes era el corolario necesario de sus condiciones de existencia: "Quien vivió errante, hambriento, cautivo, prisionero, militante, menesteroso, asalariado o bohemio, no gozó, ciertamente, del vagar necesario para limar y retocar sus obras"⁷. El siglo XIX se complació en poner a luz las distracciones del novelista; nosotros no tenemos ya gusto para tales afanes, si bien incluso los adeptos más incondicionales se verán en duros aprietos, por caso, ante la inexplicable desmaterialización del asno de Sancho o la callada aniquilación del "mozo de campo y plaza" mencionado en el propio primer párrafo de la novela⁸. La declaración de Cervantes de que "ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas"⁹ es un reparo demasiado casual.

Que el pormenor narrativo de *Don Quijote* fuera sometido a un prolijo reexamen y revisión es una posibilidad que bien puede descartarse. Pero la revisión puede tomar distintas formas. Procuraré demostrar aquí que el texto de la I Parte de *Don Quijote*, tal como se publicó en la primera edición, difería del plan original por una notable redistribución del material.

⁶*Ed. cit.*, x, 216.

⁷*Cervantes* (Buenos Aires, 1948), p. 227.

⁸[Ha inquietado a muchos que el diligente "mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera", mencionado por Cervantes al comienzo de la novela junto con el ama y la sobrina, como los tres personajes que compartían la morada del hidalgo; no vuelva a ser mentado para nada fuera de esta vez. La pasmosa desaparición y reaparición del Rucio, ocurrida respectivamente en los Caps. 25 y 42 de la I Parte, se comenta más adelante].

⁹*Don Quijote*, ed. de Riquer, 3ª ed. (Barcelona, Editorial Juventud, 1955), p. 25. (Esta ed. reimprime el texto de la *editio princeps*, y es la más útil para la consulta sobre cuestiones planteadas en el presente artículo).

II

Hasta hace poco era generalmente aceptado que la división en capítulos de la I Parte fue una operación practicada después de la ultimación del texto. Tal opinión es hoy impugnada. "La hipótesis no deja de ser sugestiva, pero no es suficiente", observa R. Willis¹⁰, y replica a los sustentadores del antiguo criterio, que aducen la existencia de enlaces sintácticos entre capítulos sucesivos. El hecho de que el "capítulo 6 de la I Parte comienza con la oración de relativo *El cuál aún todavía dormía*, el antecedente de cuyo sujeto pronominal está situado en la oración final del capítulo precedente . . . *se vino a casa de don Quijote*", carece para él de significación: en la II Parte (compuesta desde el principio en capítulos), arguye, hay ejemplos de iniciación de capítulos con la misma forma relativa¹¹.

El argumento, hasta donde alcanza, es fuerte; pero se funda sobre datos incompletos. El comienzo del cap. 6 dice así: "El cual aún todavía dormía. Pidió las llaves, a la sobrina, del aposento. . .". Riquer comenta atinadamente: "el principio de éste [capítulo] hay que leerlo como si no existiera el epígrafe. . . El sujeto de *dormía* es don Quijote, y el de *pidió las llaves* hay que buscarlo dos frases antes: 'el cura se informó muy a la larga del labrador. . .'"¹². Está claro que "el cual" introductor tiene pleno valor relativo y que la separación formal entre los caps. 5 y 6 fue una ocurrencia posterior. De este y otros hechos¹³ uno puede razonablemente concluir que al menos los primeros seis capítulos fueron escritos inicialmente como prosa corrida.

Con todo, el otro argumento de Willis acerca de referencias textuales a "capítulos" en la I Parte permanece con todo su peso: "tres veces [esto es, en los caps. 18, 19 y 21] Cervantes alude por anticipación a *el siguiente capítulo*, y una vez dice retrospectivamente: ' . . . ra-

¹⁰*The Phantom Chapters of the Quijote* (New York, 1953), p. 12.

¹¹*Op. cit.*, pp. 11-13.

¹²*Ed. cit.*, p. 66, n. 1.

¹³P. ej., el comienzo del Cap. 4 (cf. ed. Riquer, p. 54, n. 1).

zones que en el fin del capítulo XXI quedan referidas' ”¹⁴. Uno debe compartir su parecer de que es “difícilmente concebible” que Cervantes haya añadido tales referencias después de ultimado el texto. Al propio tiempo, puede objetarse que ellas prueban sólo que Cervantes comenzó a componer en capítulos recién a partir del cap. 18. Puede haber comenzado antes —en algún lugar posterior al cap. 6—; pero la acumulación de alusiones a “capítulos” en los caps. 18-22 hace pensar que en ese momento Cervantes estaba preocupado con la técnica de división en capítulos; tal preocupación pudo haber aparecido si precisamente entonces decidió él adoptar esa división.

Su decisión de separar el libro en capítulos debe, con seguridad, de haber sido inmediatamente seguida por otra: volver sobre la prosa corrida inicial y distribuirla también en capítulos: una modificación formal de esta índole podía llevarse a efecto más expeditamente antes de seguir más adelante.

III

A muchos lectores modernos de la 1ª Parte de *Don Quijote* les está vedada la divertida perplejidad de leer la rúbrica original del cap. 10. En su cambio, se les endilga el epígrafe que la Real Academia Española inventó e insertó allí en su edición de 1780 (haciendo surgir con ello interesantes cuestiones de propiedad intelectual). El postizo de la Academia dice: “De los graciosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero”. La escrupulosa adecuación de este epígrafe contrasta abiertamente con la flagrante importunidad del cervantesco: “De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se vio con una turba de yangüeses”; ello, para anunciar un capítulo donde los *yangüeses* (o *gallegos*¹⁵) ¡no son ni siquiera mentados!

¹⁴*Op. cit.*, p. 12.

¹⁵Es el calificativo aplicado a los arrieros en el curso del Cap. 15 [aun cuando la rúbrica habla sólo de “yangüeses”]; la disconformidad terminológica entre el texto y el título del Cap. 15 será considerada más adelante.

Este estupendo error de Cervantes es usualmente reducido a la categoría de una interesante pero irrelevante muestra de la capacidad de desatención incluso en los mejores autores. Más instructivo hubiera sido, en realidad, indagar las circunstancias bajo las cuales pudo incurrirse en tan curioso desliz. "Este error quizá es testimonio de cómo iba componiendo Cervantes su obra, de una primera forma posible; pero no queremos entrar en un terreno hipotético", dice Casaldueño¹⁶. Yo propongo que nos internemos donde él no osó pisar.

Cualquier explicación del error de Cervantes debe reconocerle a él, por lo menos, pienso, una pizca de sentido común y un buen palmo de memoria. Por esta razón no puedo suscribir la hipótesis de que —componiendo ya en capítulos— escribió él el epígrafe engañoso, empezó el capítulo, cambió sobre la marcha su plan narrativo, pasándosele por alto la necesidad de la correspondiente alteración del título; tampoco puedo admitir la hipótesis de que —volviendo atrás en una etapa avanzada de la composición para dividir en capítulos su prosa corrida inicial, incluso lo que es ahora el cap. 10— endosó al cap. 10 un epígrafe inexacto y no cayó en la cuenta de su error cuando, un poco más adelante, hubo de elaborar un encabezamiento para el cap. 15 —donde se anuncia apropiadamente el encuentro con los arrieros¹⁷—. Cervantes no era tan cándido como lo son tales explicaciones. Uno debe postular un encadenamiento más complejo de circunstancias para dar razón de su negligencia.

Las dos hipótesis desechadas se fundan en el supuesto de que el título del cap. 10 fue siempre incorrecto. Encontrándolas inconvincentes a ambas, prefiero partir del supuesto contrario, esto es, que Cervantes antepuso al cap. 10 un epígrafe que, al momento de escribirse, era correcto. Trataré de demostrar que una redistribución pos-

¹⁶*Sentido y forma del "Quijote" (1605-1615)* (Madrid, 1949), p. 71.

¹⁷[El epígrafe del Cap. 15 dice: "Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses"].

terior de los capítulos transformó en incorrecto ese epígrafe, y que Cervantes, con la atención enteramente empeñada en el complicado proceso de revisión que había emprendido, no se percató del error resultante. Tal teoría parece ofrecer una explicación más plausible de su descuido.

La inexactitud del epígrafe del cap. 10 no debe ser considerada *in vacuo*: ha de ponerse en relación con la estructura total de los capítulos siguientes. El cap. 10 anuncia, pero omite, el encuentro con los arrieros; el cap. 15 lo anuncia e incluye. Entre estos dos capítulos corren otros cuatro enteramente episódicos.

Estos hechos simples sugieren una posibilidad digna de ser examinada: que los capítulos que llevan ahora los números 10 y 15 formaban originariamente un *continuum*, y que ese *continuum* se escindió en la revisión para permitir la inserción de los caps. 11-14 en la brecha abierta —tal redistribución del material vendría necesariamente acompañada de ciertas modificaciones secundarias del texto, de modo de asegurar una continuidad sea superficial del relato.

Una prolija exploración de esta posibilidad impone cinco preguntas, que discutiré por su orden:

- a) *¿Proporciona el texto publicado alguna prueba de una primitiva continuidad de los caps. 10 y 15?*

En el cap. 15, Sancho expresa sus temores, nacidos de la dura paliza que acaba de recibir. Ello es harto natural. Menos naturales son las palabras que emplea en cierto momento: "¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dio a aquel desdichado caballero andante, había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras cabezas?" Con tales términos, la aventura de los arrieros aparece como si siguiera inmediatamente a la del

vizcaíno. Este hecho refuerza la posibilidad de que los caps. 11-14 hayan sido interpolados¹⁸.

Luego de la batalla con el vizcaíno, que tiene lugar aproximadamente a las tres de la tarde (cap. 8: "tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron"), Don Quijote y Sancho entran en un bosque (cap. 10: "comenzó a seguir a su señor que, a paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba"), donde —hacia el fin del capítulo— comparten un refrigerio: "comieron los dos en buena paz y compañía". Es significativo que esa situación se repite con todos sus detalles en los comienzos del cap. 15. Allí Cervantes conduce a caballero y escudero hasta un bosque ("él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela"), al atardecer ("a pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya a entrar"), para compartir una comida ("en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron"). Incluso está recreada la atmósfera cordial: "en buena paz y compañía" —"en buena paz y compañía". Ello sugiere que, en el plan primitivo, Cervantes había levantado el escenario para la infortunada aventura con los arrieros al final del cap. 10; que la interpolación de los caps. 11-14 lo forzó a trasladar a Don Quijote y Sancho hacia la morada de los cabreros; que el término de la interpolación exigió el retorno de la pareja a un teatro de acción comparable con el abandonado en el cap. 10. La infructuosa búsqueda de Marcela por Don Quijote —al comienzo del cap. 15—

¹⁸[La aventura del vizcaíno (duelo caballeresco con Don Quijote) se inicia mediado el Cap. 8 y termina al comienzo del Cap. 10; luego viene el encuentro con los cabreros en el bosque (fin del Cap. 10-Cap. 11, con el discurso de la Edad Dorada), a lo que sigue el episodio pastoril de Marcela (Caps. 12-14), cuyos pormenores son en parte relatados por uno de los cabreros; a continuación (Cap. 15) sucede la aventura de los arrieros gallegos o yangüeses (apaleamiento de Don Quijote y Sancho); los Caps. 11-14 (la interpolación) incluyen, pues, el largo coloquio con los cabreros y la historia de Marcela y Grisóstomo].

puede verse como un recurso urdido en la revisión para asegurar el retorno de caballero y escudero a un lugar idóneo para su encuentro con los arrieros. E. C. Riley ha observado el carácter negativo de la intervención final de Don Quijote en el episodio de Marcela: "Intervención (si es que así se puede llamar) *post hoc*, marginal y aun negativa"¹⁹. Su observación presta respaldo a mi tesis.

Naturalmente, en el proceso de revisión Cervantes habrá modificado el final del cap. 10 y el comienzo del cap. 15 para soldar los recién creados intersticios de su relato.

b) *¿Hay en los caps. 1-10 algún anuncio de lo que se presume sea episodio interpolado?*

Anuncio del episodio pastoril que viene luego sólo se halla hacia el final del cap. 10, en un pasaje que, se ha sugerido ya, habría sido modificado en la revisión.

c) *¿Contienen los caps. 11-14 alguna alusión a los sucesos de los caps. 1-10 que no esté en armonía con la teoría de la interpolación?*

En los caps. 11-14, Cervantes rememora dos veces sucesos anteriores: una, al final del cap. 11, donde se somete a curación la oreja de Don Quijote, y otra vez al final del cap. 12, donde se mencionan

¹⁹"Episodio, novela y aventura en *Don Quijote*", *Anales Cervantinos*, v (1955-1956), 214. [La historia de Marcela concluye cuando ella —dice el Cap. 14— "volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba"; pero más adelante —final del mismo capítulo—, habiéndose dado por terminado todo este asunto, Don Quijote "determinó de ir a buscar a la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio. Mas no le avino como él pensaba", pues —Cap. 15— "habiendo andado más de dos horas por [el bosque], buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a un prado..."].

la oreja herida de Don Quijote y las magulladuras de Sancho²⁰. Tales alusiones pueden muy bien haber sido escritas posteriormente para aquellos puntos del relato donde podían ser introducidas con mínimo esfuerzo y mínimo riesgo de desarticular un texto ya compuesto. El tema de las lesiones de ambos personajes proporciona un pretexto más bien obvio para postizos.

El argumento supone que el material contenido en los caps. 11-14 fue manipulado por Cervantes estando ya dispuesto en capítulos. Este punto se examinará más adelante.

d) *¿Hay algún rasgo de los caps. 11-14 que desmienta su contexto?*

Cervantes, como hemos visto, tiene cuidado en su "Prólogo" de descartar una contemplación demasiado escrupulosa de "las medidas geométricas". Uno simpatiza con su deseo de que se le libere de un análisis minucioso del curso de las correrías de sus personajes. Con todo, su pregonada observancia de "la imitación" (en el mismo "Prólogo": "Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuando ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere") podría, piensa uno, extenderse a las más gruesas cuestiones de topografía. El lector puede, seguramente, no tener derecho a exigir precisión cartográfica en una obra de imaginación; sí puede razonablemente esperar que Cervantes, pues ha situado su historia en una localización dada y conocida, otorgue una atención, sea mínima, a los paisajes más generales.

²¹[La herida de su oreja izquierda se la ganó Don Quijote en la contienda con el vizcaíno (Cap. 9), quien descargó sobre él un golpe con la espada que, "aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole, de camino, gran parte de la celada, con la mitad de la oreja". Igualmente en esta aventura (Cap. 8) queda Sancho a merced de los mozos de "dos frailes de la orden de San Benito", que "dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido"].

No es posible descubrir tales miramientos en los caps. 11-14.

Tanto antes como después de estos capítulos —esto es, en los caps. 7-10 y 15-22—, Cervantes da la impresión de ir desplazando a caballero y escudero a lo largo del camino real o en sus cercanías, a través de una región relativamente abierta, llana u ondulada, sembrada de bosques y prados²¹. Sólo a partir del cap. 23 los introduce en Sierra Morena, poniendo al lector muy solícitamente sobre aviso al hacerlo: “se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda e ir a salir al Viso o a Almodóvar del Campo”.

Empero, en los caps. 11-14, por modo imprevisto y a todas luces inexplicable, transporta a los dos hombres hacia una región no identificada de escarpadas cadenas montañosas. La fe mueve montañas; a Cervantes, aunque sea él, uno se resiste vivamente a acordarle una facultad similar. De llevar a efecto sus cambios de escenario a cubierto de la vista del espectador, no habría motivo de protesta; pero Cervantes proyecta insistentemente sobre sus transmutaciones toda la potencia de sus candilejas verbales: “al pie de la peña donde está la fuente del alcoroque”; “un lugar que estaba en aquellas sierras”; “estas sierras y estos valles”; “al pie de alguna encina o peñasco” (cap. 12); “la sierra del entierro”; “por la quiebra que dos altas montañas hacían”; “el pie de aquella montaña”; “a un lado de una dura peña” (cap. 13); “por cima de la peña”; “fiero basilisco destas montañas”; “los árboles destas montañas”; “tienen mis deseos por término estas montañas”; “hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines” (cap. 14).

²¹Los molinos de viento están situados en un “campo”; la batalla con el vizcaíno tiene lugar cerca de Puerto Lápice; después de ella, la pareja entra en un bosque. Se sigue entonces el interludio pastoril. Luego atraviesan un bosque durante dos horas, se encuentran con los *yangüeses* en un “prado”, de donde tornan al camino (distante “una pequeña legua”, Cap. 15) y se dirigen a la venta. El enfrentamiento con ovejas y carneros tiene lugar en “aquella espaciosa llanura” (Cap. 18), donde ambos hombres suben a “una loma”; el barbero, en el Cap. 21, “comenzó a correr por aquel llano”.

¿Qué explicación puede ofrecerse para esta inconsecuencia topográfica? —¿Que Don Quijote y Sancho habían llegado en los caps. 11-14 a los faldeos de Sierra Morena? Pero faldeos son faldeos, no sierras ni montañas. —¿Que habían, en verdad, llegado a Sierra Morena misma, habiéndose luego alejado de ella, y más tarde retornado? De ser así, es muy singular que Cervantes no pudiese reservar siquiera una frase para justificar o, al menos, explicar su proceder. —¿Que Cervantes abandonó el naturalismo topográfico cuando adoptó la artificial vena pastoril? Con tal argumento, habría evocado más bien el paisaje convencional y estilizado de la novela pastoril, una base para el cual está convenientemente a mano en el “bosque” del cap. 10 y en el “bosque” y “prado” del cap. 15²². —¿Que tenía el proyecto de dotar al género pastoril de un nuevo marco, de mayor verosimilitud? ¿Por qué, en tal caso, había de sacrificar la verosimilitud escénica integral de su relato? —¿Que deseaba crear un ámbito áspero en armonía con la áspera independencia de la figura de Marcela? ¿Y no tuvo la paciencia de aguardar la llegada a Sierra Morena, donde podía diseñar un paisaje admirablemente acomodado a sus necesidades artísticas?

La única explicación que puedo aceptar es que Cervantes extrajo los caps. 11-14 de otro contexto, donde el trasfondo montañoso era un elemento integrante; que al hacerlo no estaba en su ánimo alterar ese trasfondo (su inclinación a incorporar con cambios mínimos material compuesto previamente está probada y es bien conocida²³); y que efectuó la interpolación con la esperanza de que su

²²“Al no encontrar a Marcela, Don Quijote y Sancho van a dar con el paisaje renacentista...” (Casalduero, *op. cit.*, p. 90).

²³Bastará un solo ejemplo —procedente de la 1ª Parte de *Don Quijote*—: el del soneto a Clori en el cap. 34 (tomado de *La casa de los celos*). ¡Nótese los aprietos en que se ve Cervantes en el relato para explicar la presencia del nombre *Clori* en el poema! [El soneto a Clori, escrito por Cervantes para la comedia *La casa de los celos*, está incluido también en la novela *El curioso impertinente*, de *Don Quijote*, donde el nombre *Clori*, que no pertenece a ningún personaje de la novelita, se presenta, para justificarlo, como el disfraz con que se quiere ocultar el verdadero nombre de la mujer en cuyo homenaje se escribe el soneto].

manipulación del paisaje escaparía a la atención del lector. El fingido desdén por "las medidas geométricas" es la manifestación externa de una conciencia culpable.

- e) *¿Hay, con posterioridad al cap. 14, alguna alusión a los caps. 11-14 que sea incompatible con la teoría de la interpolación?*

Crisóstomo y Marcela se mencionan en el primer párrafo del cap. 15; ya he hecho ver que Cervantes habría necesariamente modificado esta parte de su relato en el proceso de revisión.

Después de ésta, hay sólo otra referencia, fugaz, al interludio pastoril: en el cap. 25, Don Quijote observa: "que, como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme". Así vierte nuestro héroe el pensamiento expresado por Ambrosio en el cap. 14: "como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance"²⁴.

La reminiscencia por Don Quijote del aforismo de Ambrosio trae consigo —al parecer— la implicación de que, cuando Cervantes escribía el cap. 25, el cap. 14 formaba parte ya del texto precedente.

Así, al fin, después de una serie de encuestas exitosamente superadas, la teoría de la interpolación parece mostrar una falla. Pero las apariencias pueden engañar. Una grieta en la roca puede comunicar al estratígrafo ocultos secretos de la historia geológica: la falla aparente en la teoría es capaz, asimismo, de revelarnos ocultos secretos de la historia textual de *Don Quijote*.

IV

"Como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio...". La sentencia de Ambrosio vuelve a la memoria de Don Quijote algu-

²⁴[Ambrosio, amigo de Crisóstomo, es un personaje que pertenece exclusivamente a la historia de Marcela, y termina su actuación en *Don Quijote* junto con aquella historia de los actuales Caps. 12-14].

nos días y muchas aventuras después, cuando se halla en las fragosidades de Sierra Morena. Es curioso que, durante ese lapso, ni él ni Sancho hayan hecho referencia, directa o indirectamente, a la estada con los cabreros o a los acontecimientos relacionados con ella. Una alusión incidental como la de Don Quijote es de esperarse inmediatamente a continuación o poco después del suceso de referencia²⁵.

En esta obvia consideración afinco la significación de la falla aparente. Sugiero que, en el plan original, la reminiscencia que hace Don Quijote de la sentencia de Ambrosio venía muy poco después de haber sido proferida por éste; que, inicialmente, los caps. 11-14 formaban parte de las aventuras de Sierra Morena y llegaban a su conclusión en lo que es ahora el cap. 25; que posteriormente Cervantes transfirió aquellos capítulos hasta su ubicación actual en la obra publicada.

Que los acontecimientos narrados en los caps. 11-14 encuentran su auténtico y apropiado escenario en Sierra Morena, es cosa que no puede discutirse. Las "sierras", las "montañas", las "peñas", los "alcornoques" de esos capítulos son el fiel reflejo de los de Sierra Morena; los cabreros que escuchan el discurso de la Edad Dorada son la réplica de los que están en tratos con Cardenio. Sólo al recortarse contra las austeras y empinadas alturas de Sierra Morena puede la figura de la arrogante Marcela —la del corazón de piedra— ser enfocada en su justa perspectiva. Sólo como productos de esa precisa

²⁵[Ciertamente, entre los caps. 15 y 25, a vueltas de largas caminatas y diálogos entre Don Quijote y Sancho, se narran nutridas aventuras: la de los arrieros gallegos o yangüeses (cap. 15), las complicadas de la venta-castillo (Maritornes, tunda de Don Quijote, mantenimiento de Sancho: caps 16-17), la batalla contra los rebaños de ovejas (cap. 18), la aventura del cuerpo muerto (asalto de la procesión funébre: cap. 19), la aventura de los batanes con el cuento sanchesco de las cabras (cap. 20), la ganancia del yelmo de Mambrino de manos del barbero, con la historia ejemplar del caballero andante (cap. 21), la aventura de los galeotes (cap. 22), el roto de Sierra Morena (primera parte de la historia de Cardenio: caps. 23-24)].

y conocida cadena montañosa pueden ser comprendidos en toda su plenitud su carácter y estampa. Sierra Moreña es incuestionablemente su habitat nativo.

Marcela es figura de una sola pieza. Don Quijote no lo es. Su personalidad, largamente elaborada por su creador, muestra un desarrollo constante. Siendo así, la transferencia de cuatro capítulos desde un contexto posterior hacia otro anterior habrá producido anomalías en la secuencia de su evolución.

H. Weinrich se ha planteado la cuestión del *ingenio* de Don Quijote, y ha llegado a la conclusión de que Cervantes se formó una clara concepción de este atributo sólo al llegar aproximadamente a la mitad de la 1ª Parte²⁶. Green arguye en contra de esta conclusión; algunos de sus argumentos, admite él, pueden ser "aceptados o rechazados", pero reclama aprobación para su demostración de que Don Quijote "exhibe ese otro tipo de *ingenio*, la *universa vis mentis nostrae* de Vives, y lo hace muy a los principios de la novela. Ya en I, xii, aparecen rasgones en el velo de obsesión. Don Quijote corrige el habla de los cabreros, insistiendo en *eclipse* en vez de *cris*, *estéril* en lugar de *estil*, *Sarra* como corrección de *sarna*. Y dice, con toda la *gravitas* de su yo ulterior: 'Esa ciencia se llama Astrología'. Hace gala de buen juicio literario: 'el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, lo contáis con buena gracia'. En I, xiii, reconoce y se propone defender las 'claras y suficientes razones' de Marcela. Todo esto es producto de 'das gute Ingenium', según lo entiende. . . Weinrich"²⁷.

El argumento está bien construido; pero nótese la procedencia de los ejemplos: todos están tomados de dos de los propios capítulos que considero interpolados. Ahí tenemos la explicación de la temprana aparición de los "rasgones en el velo de obsesión". Ellos están antepuestos en la forma publicada de la novela; atendiendo a su

²⁶*Das Ingenium Don Quijotes* (Münster, 1956), pp. 11-12.

²⁷"El ingenioso hidalgo", *Hispanic Review*, xxv (1957), 193.

gestación, deben ser transferidos a un momento posterior del relato. Un examen del texto confirma este enfoque. Considérese, por caso, el tema del "reprochador de voquibles" —pulsado por vez primera en el cap. 12—: una verdadera mina de juegos verbales, que Cervantes no arrumbaría a la ligera. Si descubrió este rico venero en el cap. 12, ¿por qué lo abandonó y no volvió a él sino en el cap. 21? ¿Por qué sólo entonces decidió explotarlo tan intensamente, como lo hizo en los caps. 23, 25 y 26?²⁸ ¿No es más razonable suponer que el artificio se le ocurrió por primera vez en el cap. 21, y que, en un arranque de entusiasmo por su nuevo recurso, hizo reiterado uso de él por varios capítulos?

Otras cosas encuentran su lugar si aceptamos la teoría de la transposición. Poseemos ahora la clave de un enojoso problema textual que se ofrece al final del cap. 14. Allí Don Quijote es invitado por Valdo y su amigo a acompañarlos a Sevilla. El caballero declina la invitación: "dijo que por entonces no quería ni debía ir a Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas". La explicación sorprende; ninguna mención se ha hecho de estos ladrones. Si Don Quijote los inventó para justificar su rechazo de una invitación cortés, Cervantes hubiera seguramente enterado de ello a sus lectores. Restituida al cap. 25, la excusa de Don Quijote se hace comprensible y aceptable: sus pensamientos están puestos en los galeotes, que habían sido libertados en el cap. 22 y habían puesto a buen seguro su evasión "cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra", como lo había expresado Ginés de Pasamonte. Ahora —así discurrirá Don Quijote— hay que recogerlos a todos y despacharlos al Toboso, a rendir el debido homenaje a Dulcinea.

²⁸Cap. 21: *litado*; cap. 23: *hilo*; cap. 25: *nula es retencio*; cap. 26: *sobajada* [; son expresiones sanchescas, corregidas las tres primeras por Don Quijote y la última por el barbero; la tercera —lo ha notado Rodríguez Marín— es en realidad un estropicio más complejo de Sancho, que calca la frase eclesiástica: *quia in inferno nulla est redemptio* como "quien ha infierno nula es retencio"].

Si, como se presume, los caps. 11-14 estaban originariamente localizados en Sierra Morena, se sigue que, por ser de composición posterior al cap. 18, fueron escritos desde el comienzo en forma de capítulos. Esto confirma mi presunción anterior de que las referencias hacia atrás en los caps. 11 y 12 fueron escritas *a posteriori* y añadidas al final de capítulos ya existentes.

El cap. 25 es más largo que cualquier otro capítulo de la I Parte no dedicado entera o principalmente a una historia episódica; tal extensión puede muy bien ser el resultado de la fusión de pasajes que representan más de un capítulo de una versión reemplazada. Si se mantiene la teoría de la transposición, el cap. 25 aparecería combinando una corrida de páginas que previamente precedía al interludio pastoril transferido, y otra corrida que lo seguía; y sería posible descubrir en el texto revisado la fisura —más o menos diestramente disimulada— entre ambos segmentos.

El capítulo se abre con Sancho que pide, y recibe, autorización para retornar a su parloteo; continúa con los comentarios acerca de la falta de tacto de Don Quijote de salir en defensa de la reina Madásima²⁹; Sancho profiere una ristra de refranes y ello provoca la protesta de su amo, que lo insta a aguijar su asno y a preocuparse de sus propios asuntos:

Por tu vida, Sancho, qué calles, y de aquí adelante, entremétete en espolear a tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos que todo cuanto yo he hecho, hago e hiciere, va muy puesto en razón y muy conforme a las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

—Señor —respondió Sancho—, y ¿es buena regla de caballería que andemos

²⁹[La terminante orden de medir su lenguaje se la ha ganado Sancho a raíz de la ridícula aventura de los batanes (cap. 20), que provoca las mofas de Sancho y el disgusto de Don Quijote (“está advertido de aquí adelante... para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo”). La reina Madásima —una figura del *Amadis de Gaula*— es mencionada por Cardenio (final del cap. 24) en términos deshonorosos; Don Quijote salta airado en defensa de ese personaje literario, de que se sigue una reyerta y el brusco término de la historia autobiográfica que Cardenio había iniciado].

perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando a un loco, el cual, después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

Don Quijote cambia allí radicalmente la dirección del diálogo al anunciar su intención de imitar la penitencia de Amadís, tema que se desarrolla en sus varias ramificaciones, a lo largo de todo el restante diálogo del capítulo. El final del pasaje citado coincide, pues, con un giro preciso de la conversación, giro que, como una divisoria de aguas, separa, por un lado, el comentario precedente acerca de acontecimientos anteriores, y, por otro, la discusión siguiente sobre planes futuros. La fisura está descubierta y aislados los dos segmentos.

Si ahora ponemos en línea el primer segmento del cap. 25, el párrafo final del cap. 10 y el comienzo del cap. 11, observamos una apretada continuidad temática. La preocupación de Sancho —expresada en sus palabras recién citadas— por la sombría situación de ambos, conduce naturalmente a la decisión —al final del cap. 10— de buscar refugio para la noche: “Pero, deseosos de buscar donde alojar aquella noche, . . . diéronse prisa por llegar a poblado antes que anocheciese”; decisión que, a su vez, los lleva hacia la morada de los cabreros y la aventura pastoril. La jactancia de Don Quijote —citada arriba— de sujeción al código de caballería tiene su claro eco en las últimas palabras del cap. 10: “que cuanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo que facilitaba *la prueba de su caballería*” (la cursiva es mía).

Estas averiguaciones se corroboran con el hecho de que la alusión de Don Quijote a Ambrosio viene muy a continuación (a un par de páginas de distancia) del punto establecido aquí como contexto original del interludio pastoril.

Al correr hacia atrás los caps. 11-14 (que describen la estada nocturna con los cabreros), Cervantes debió necesariamente sustraer

una de las noches pasadas en las montañas y añadirla al número de las noches invertidas en aventuras anteriores. Las complicaciones cronológicas suscitadas con ello pudo resolverlas fácilmente: la secuencia temporal en los caps. 10-15 podía ser reajustada (con el procedimiento señalado antes); podía estimar carente de importancia la compresión en una sola jornada de los acontecimientos transcurridos en dos días: "las observaciones de la astrología" no eran —lo declara expresamente— de su incumbencia. La noche en Sierra Morena podía muy bien ser pacíficamente anulada.

Pero ciertos elementos corpóreos del relato se resistirían con mayor porfía a ser anulados, que los meramente temporales; y pocos son los ejemplos más exasperantes por su porfía que el del asno.

V

La inexplicada desaparición y reaparición del asno de Sancho constituye la mayor anomalía del texto de la I Parte en la primera edición. Del cap. 7 al cap. 25, el asno es el compañero constante de Sancho; en el curso del cap. 25, el lector se ve enfrentado —incomprendiblemente— a alusiones a la pérdida del animal, el que desde ese momento es tratado como ausente, hasta el cap. 43³⁰, donde —nuevamente sin explicación— queda implícito su retorno. En la segunda edición se añadieron noticias sobre el robo y recuperación del asno³¹. Más tarde, en la II Parte, cap. 4, Cervantes ofreció versiones suplementarias de ambos incidentes, desentendiéndose de su disparate anterior con graciosa despreocupación:

³⁰Riquer (*ed. cit.*, p. 484, n. 4) ubica la primera referencia a la recuperación del asno en el cap. 46; pero en el cap. 43 (p. 462) Cervantes nos dice que Martines "se fue a la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza". [Antes aun, cap. 42, ya Sancho "se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento" (p. 454)].

³¹Citadas por Riquer, *ed. cit.*, p. 217, n. 2, y 314, n. 17.

—A eso —dijo Sancho— no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, o ya sería descuido del impresor.

—Así es, sin duda —dijo Sansón²².

Tal vez el impresor fue responsable de insertar equivocadamente en el cap. 23 de la segunda edición el episodio del robo; pero no se le puede inculpar de la omisión tanto del robo como del recobro en la primera edición, a menos que se esté dispuesto a aceptar las tres suposiciones siguientes: que cada uno de aquellos sucesos comprendía, en el manuscrito que él recibió, un número exacto de páginas; que las dos series de páginas (de diferentes partes de la novela) se perdieron; y que tales pérdidas no afectaron en nada la continuidad del relato. Todo lo cual es altamente improbable.

La relación del robo en la segunda edición debería haber sido inserta no en el cap. 23, sino en el cap. 25. Allí la última referencia al asno como presente (“entremétete en espolear a tu asno”) viene seguida, unas pocas páginas más adelante, por la complacencia sanchesca “Bien haya quien nos quitó ahora el trabajo de desenlbardar al rucio” —primera referencia al robo.

²²[La historia textual del robo del Rucio es un tanto compleja. En la primera edición, el cap. 25 de la 1 Parte trae la última referencia al asno como presente (el “entremétete en espolear a tu asno”, que dice Don Quijote), y, un poco más adelante, la primera alusión a su desaparición (“—Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenlbardar al rucio”, de Sancho); desde ese momento el animal está ausente del relato, hasta las aventuras de la venta, en el cap. 42 (Sancho “se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento”). La segunda edición trató de clarificar las misteriosas desaparición y reaparición del Rucio insertando en el cap. 23 un breve episodio de robo del animal por Ginés de Pasamonte, sin mejorar con ello mucho las cosas, pues en el cap. 25 permanecía la referencia al asno, que se supone robado (una edición posterior, de Bruselas, 1607, quiso acondicionar ese párrafo y, en vez de “entremétete en espolear a tu asno”, estampó “entremétete en servir a tu amo”); más adelante, esa misma segunda edición intercala en el cap. 30 otro pasaje que narra la recuperación del Rucio de manos de Ginés. Lo que produce extrañeza es que en la 11 Parte, aparecida diez años después, los caps. 3 y 4 vuelven sobre el asunto y ofrecen versiones de robo y recuperación (en parte sustancialmente distintas a las primeras) para subsanar expresamente una falta de la 1 Parte; esto es, las interpolaciones de la segunda edición se dan por inexistentes].

El texto de la *editio princeps* señala que el hurto había tenido lugar durante la noche: “Y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hice por el rucio”, se queja Sancho en el mismo cap. 25. ¿“Anoche”? La noche anterior se ha pasado en la aventura de los batanes —en la que Sancho ciertamente no perdió su cabalgadura—; a la mañana siguiente, la pareja se ha encontrado con el barbero y los galeotes; luego se han escabullido en Sierra Morena, donde han topado con Cardenio. El final de este encuentro nos lleva al comienzo del cap. 25 —cuyo contenido ya hemos resumido.

Si el asno de Sancho se esfumó durante la noche, esa noche misma se ha esfumado tan completamente como el asno. En el cap. 4 de la II Parte, Cervantes trató subrepticamente de reponerla:

—A lo que el señor Sansón dijo que se deseaba saber quién, o cómo, o cuándo se me hurtó el jumento, respondiéndome digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban a Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde... nos pusimos a dormir...

De acuerdo con la primera edición, la noche siguiente a la aventura de los galeotes se ha pasado con Sancho en camino al Toboso, y con Don Quijote en penitencia y solo. La versatilidad de Cervantes raya en el descaro.

El cap. 25 ofrece los siguientes puntos significativos: a) la última referencia al asno como presente; b) en el párrafo siguiente, las expresiones de Sancho —ya citadas— alusivas al hecho de andar ellos extraviados; c) un par de páginas más adelante, la alusión a Ambrosio por Don Quijote; d) otras dos páginas después, la primera referencia a la pérdida del asno.

Ya hemos argumentado que los caps. 11-14, en la primera redacción, ocurrían entre los contextos b) y c). Si esos capítulos se disponen ahora en la ordenación original sugerida, se verá que la última referencia al asno como presente precede a la descripción

de la estada nocturna con los cabreros, y la primera mención de su pérdida la sigue.

De todo lo anterior concluyo: que el relato del robo del asno formaba parte, en la versión original, del interludio pastoril; que cuando Cervantes transpuso este último, transpuso también necesariamente el relato del robo; que entonces se percató él de que este relato no podía permanecer en su nueva posición —pues los capítulos que lo seguían ahora, esto es, 15 y siguientes, contenían nutridas referencias al asno—; que, por tanto, lo suprimió; que entonces pensó que debía excluir igualmente el relato de la recuperación del asno; que también hizo esa supresión; y que, en medio de tales cambios, pasó por alto las anomalías surgidas con ello en el texto desde el cap. 25 adelante.

El interludio pastoril presenta, por cierto, una situación que parece haber sido deliberadamente concebida para cumplir las exigencias de verosimilitud en la relación del robo. Esas exigencias eran considerables. El ladrón —y Ginés era desde el principio el candidato más apropiado para el papel— tenía primeramente que descubrir su presa, luego apoderarse de ella y largarse sin sobresaltar ni a Don Quijote ni a Sancho (las alusiones al robo en la primera edición indican que ninguno de los dos se percató de ello al momento de cometerse). Pero Cervantes había otorgado a Don Quijote cierta afición por las vigiliias nocturnas (cap. 11: “los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo”), y su velar podía complicar la tarea de Ginés. El caballero debía, por tanto, ser alejado de las vecindades del asno por esa noche. El dormilón de Sancho podía permanecer. Pero ¿dónde? Obviamente, cerca de las moradas humanas, que son como un imán para el ladrón nocturno. Pero —todavía— ¿cómo podía un extraño como Ginés conocer el camino a tales moradas en las fragosidades de Sierra Morena? ¿Qué habitaciones, en todo caso, podía uno situar plausiblemente en semejantes yerros?

Las respuestas de Cervantes a estas preguntas pueden deducirse de un examen del episodio pastoril. Don Quijote y Sancho dan con "unas chozas de unos cabreros" (final del cap. 10), que uno puede muy bien encontrar incluso en una región desolada, y que despertarían, especialmente en tal región —*fautc de mieux*—, el interés de un ladrón. Los cabreros (comienzos del cap. 11) están cocinando su comida en una fogata —que brillaría como un fanal en la oscuridad y llamaría la atención desde lejos—; cuando llega el momento de dormir, Sancho persuade a su señor de que pase la noche dentro, esto es, lejos del asno (cap. 12: "solicitó... que su amo se entrase a dormir en la choza de Pedro. Hizolo así..."), mientras él permanece fuera para dormir a campo raso (cap. 12: "se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces"). Este, presumo, era el escenario para la entrada de Ginés de Pasamonte. En la revisión, no habría ninguna precisión de cambiar la escena; el ladrón podía ser excluido, y la adición de "y enalbardase" a la frase "mandó a Sancho que ensillase" (al comienzo del cap. 13) completaría esta fase de las operaciones de Cervantes³³.

Cuando, en el cap. 4 de la II Parte, llegó a reescribir la historia del robo, Cervantes debe de haberse percatado de lo desesperado de su tarea. El propio cariz de los desaciertos en la I Parte lo forzaba a aceptar un escenario altamente inapropiado para el robo: Don Quijote y Sancho solos en Sierra Morena. Sancho, retenido sobre su albarda por toda la noche, de modo que el ladrón tuviese ocasión de repetir el ardid de Brunelo. Por su parte, Don Quijote

³³[Al comienzo del actual cap. 13, Don Quijote, Sancho y cabreros se disponen de madrugada a ir al entierro de Grisóstomo, para lo cual Don Quijote "se levantó y mandó a Sancho que ensillase y enalbardase" (= 'pusiese la silla a Rocinante y la albarda al Rucio'); si el asno ha sido robado durante la noche, es difícil que Don Quijote quiera hacerlo enalbardar, de modo que seguramente la frase "y enalbardase" no figuraba allí en la versión primitiva y fue añadida cuando se procedió a transponer el orden de los capítulos y revisar algunos puntos, pues ahora el asno aún no desaparecía].

debía también permanecer montado; pues si había de apearse, ¿por qué no Sancho? La posición de ambos era difícilmente conducente al sueño profundo —“como si fuera sobre cuatro colchones de pluma”, asegura impertérrito Cervantes—. No importa: el fin justifica los medios. Y el fin era la introducción de la estratagema pintoresca y divertida de Brunelo, que —el sagaz autor lo sabía bien— distraería la atención de los lectores de la improbabilidad básica de la situación en conjunto.

VI

La transposición que he postulado habrá traído consigo la reenumeración de los capítulos. Puede pensarse que de esta tarea se encargó el impresor; pero es extremadamente inverosímil que él estuviera tan alerta como para hacer la manifiesta corrección incorporada al comienzo del cap. 22: “aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas”. Es igualmente dudoso que Cervantes, ocupado en tantos otros ajustes textuales, haya puesto atención en efectuar justamente éste, a menos de haber tenido una razón especial para consultar el cap. 22 durante el proceso de revisión. Esta especial razón puede ser descubierta.

La cuestión de la numeración de los capítulos estaba vinculada con la de la distribución de las partes, que en el texto publicado comprenden los siguientes capítulos: 1: caps. 1-8; 2: caps. 9-14; 3: caps. 15-27; 4: caps. 28-52. Esta no puede haber sido su disposición antes de la revisión que se discute, pues la segunda parte no puede presumirse que consistiera inicialmente sólo de los caps. 9 y 10³⁴.

³⁴[La I Parte de *Don Quijote* —es fácil olvidarlo— está a su vez dividida en cuatro partes (que distinguiremos con minúscula); si se acepta que los actuales capítulos 11-14 venían inicialmente mucho más adelante, a la altura del actual cap. 25, hay que creer que la distribución que ahora tienen las partes no representa la distribución primitiva, pues si a la actual parte segunda (caps. 9-14) se le sustraen los capítulos interpolados (caps. 11-14), le quedan sólo dos (caps. 9 y 10), que no puede pensarse fueran los únicos que originariamente comprendía].

Sea cual sea la teoría que quiera proponerse para justificar la irregularidad en la extensión de las partes en la novela tal como se publicó³⁵, es siempre cierto que la mayoría de los autores tiende naturalmente a dividir sus obras en unidades —capítulos, libros, cantos, etc.—, de aproximadamente igual extensión, y se desvía sólo excepcionalmente de esa práctica. Según esta premisa, pues, Cervantes puede muy bien haberse propuesto inicialmente dividir su novela en partes de unos ocho capítulos cada una —que es la extensión de la primera parte, cuyos límites están claramente definidos—. De ello habrá resultado la siguiente división —donde el símbolo (10-15) representa los capítulos originariamente contiguos, escindidos por la interpolación—: pte. 1: caps. 1-8; pte. 2: caps. 9 (10-15), 16-21; pte. 3: caps. 22-24, 25 (primer segmento), 11-14.

El final del episodio de Marcela marcaría igualmente el de la primitiva tercera parte. Cuando Cervantes adelantó ese episodio, debe de haberse persuadido a mantener la división de parte implicada, pues coincidía con un corte decisivo del relato. El angostamiento de la tercera parte —que constaba, después de la transposición, sólo de los caps. 22-24 y el primer segmento del cap. 25— quedaría compensado con la adición del segundo segmento del cap. 25, y de los caps. 26-27 —material todo éste que, de hecho, es, en extensión, igual a cuatro capítulos promedios.

Pero, ¿hay indicios de una primitiva separación de parte entre los caps. 21 y 22? Y, de ser así, ¿qué razón pudo haber tenido Cervantes para eliminarla en la revisión?

El comienzo del cap. 22 es singular en dos respectos: ningún otro encabezamiento de capítulo de la I Parte menciona a Benengeli sin referirse paralelamente al inicio de una nueva parte; en ningún otro lugar de la I Parte hay referencia textual a la numeración de capítulos. Con estos antecedentes sostengo que, en la pri-

³⁵P. Ej., Sasaduro, *op. cit.*, pp. 19-21.

mera versión, el cap. 22 inauguraba una nueva parte —señalada por la alusión a Benengeli—, y que, en la revisión, Cervantes cambió la referencia a parte por referencia a capítulo, como una simple alternativa que implicaba una mínima alteración del texto.

La decisión de Cervantes de borrar la separación de parte entre los caps. 21 y 22 dimanó, en mi opinión, de una reconsideración del papel de Benengeli en la novela. El autor había presentado con entusiasmo al cronista en el cap. 9; en el cap. 16 —donde se deja traslucir una relación de Cide Hamete con el arriero— y en el 22, aún está muy satisfecho de admitir su presencia; pero al final del cap. 27 lo despide cortésmente. Ya no se permite al historiador volver a mostrar la cara nuevamente en la I Parte: había llegado, progresivamente, a convertirse en un estorbo. Habiéndose deshecho de él, Cervantes quedaba libre de renunciar a ulteriores divisiones en partes; lo cual debe de haber sido para él un gran alivio.

En primer lugar, era dudoso si un relato como el que había emprendido había de dividirse tanto en capítulos como en partes, y tal doble segmentación aumentaba los problemas estructurales. Quizá estemos en condiciones de conjeturar cuándo tales problemas se hicieron presentes a la atención de Cervantes. La división en capítulos —lo hemos sugerido— debe de haberse adoptado en algún momento entre el cap. 6 y el cap. 18. Tales límites pueden ahora estrecharse. En el texto del cap. 15, Cervantes llama “galegos” a los arrieros; posteriormente (II Parte, cap. 3: “¿entra ahí la aventura de los yangüeses”³⁶) se refiere a ellos como “yangüeses”. Ciertamente, fue víctima de un error *después* de haber escrito el cap. 15. Pero este mismo error está manifiesto en los títulos de los caps. 10 y 15, donde también aparece usado el término “yangüeses”. Tales títulos deben de haber sido, pues, una adición posterior: la división en capítulos debe de haber venido después de la compo-

³⁶[Es una pregunta que dirige Sancho a Sansón Carrasco, que lo está enterando del éxito del libro que narra la historia de las aventuras de Don Quijote].

sición de los caps. 10-15³⁷: debe de haberse iniciado cuando Cervantes llegó al cap. 16 ó 17 ó 18. Sólo en el lugar siguiente del texto que pedía separación de parte —esto es, caps. 21-22—, habrása visto Cervantes obligado a enfrentar de lleno las recién creadas complicaciones formales. Entonces, sin duda, se le debe de haber hecho presente la conveniencia de desembarazarse de Benengeli.

La conveniencia se convirtió pronto en necesidad artística. Si las referencias a Benengeli estaban en consonancia con el relato de las aventuras del héroe loco, armonizarían mal con la exposición de los episodios, que abultan tanto en la segunda mitad de la 1 Parte. Cuando Don Quijote se retiraba hacia el fondo, lo mismo debía hacer su cronista. Éste, muy significativamente, es ignorado en el comienzo de la cuarta parte (cap. 28), que señala con satisfacción la inclusión de “cuentos y episodios” en la novela. Y Cervantes prolonga esta cuarta parte hasta el término del libro, excusándose así de ulteriores menciones del historiador.

Con todo, Cervantes no habrá querido eliminar enteramente de su historia a quien había tenido un papel tan satisfactorio y significativo en los primeros capítulos. Tal eliminación, en cualquier caso, habría traído consigo un cuidadoso reconocimiento del manuscrito y la reelaboración de aquellos pasajes en que aparecía Benengeli. Por ello, Cervantes lo retuvo. Pero, durante la revisión, cuando estaba reacondicionando las partes, abrevió cuanto era posible las nuevas referencias al cronista: para el comienzo de la nueva tercera parte (cap. 15) bastaba: “cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que . . .”, y para su conclusión (cap. 27): “que en este punto dio fin a la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli”. A todo esto, la tercera parte se había extendido por la supresión de la separación de parte entre los caps. 21 y 22: su mayor extensión prepararía ahora al lector para la aún más larga

³⁷El título del cap. 15, por supuesto, habrá sido añadido en la revisión. Es el error en el título del cap. 10 el significativo para nuestra argumentación.

cuarta parte que venía. Cervantes no era ignorante del arte de las transiciones.

El papel de Benengeli en la II Parte de la novela es otro asunto. La técnica adoptada por Cervantes en la II Parte estuvo determinada, en cierta medida, por el éxito o fracaso de las características de la I Parte. Los lectores no habían recibido con agrado la inclusión de episodios en ella. Cervantes tomó nota de esa disconformidad; y, al abstenerse de episodios en la II Parte, eliminó igualmente un grave obstáculo para la presencia de Benengeli. Así, el cronista hace frecuentes apariciones en esta II Parte. Pero la división en partes se ha abandonado ya definitivamente —un desenlace anunciado, quiero creer, por la estructura formal de la I Parte.

VII

Dos presunciones han sustentado el curso de mis razonamientos: que Cervantes ha de haber tenido buenas y suficientes razones para efectuar la transposición propuesta, y que se encontraba él en circunstancias tales que le era imposible una revisión meticulosa.

Si Cervantes efectivamente hizo las cosas como he sugerido, su plan primitivo contenía unos 22 capítulos iniciales dedicados —con la problemática excepción del escrutinio de la librería— al tema central de las aventuras de Don Quijote y Sancho, y otros 30 capítulos posteriores, dilatadamente ocupados por episodios. La disparidad entre estos dos componentes claramente discernibles de su novela debe de haber sido enojosamente obvia para el autor. Una cuidada combinación de aventuras y episodios produciría un conjunto más equilibrado; pero implicaba la entera reelaboración de la novela. Como mejor pudo con el tiempo de que disponía, Cervantes se puso a la tarea de restaurar —si bien insuficientemente— el equilibrio entre aventura y episodio en las dos mitades del libro.

El tiempo apremiaba. La observación de Ricardo Rojas de que la forma de vida de Cervantes le dejaba poco vagar para revisiones reflexivas, es atinada. La composición —no la concepción— de la novela parece haber sido siempre apresurada. Pero, a medida que se acercaba el final de su libro, Cervantes parece haber estado particularmente urgido. Astrana Marín habla de “una última revisión, no verificada a causa de premuras surgidas”³⁸. Uno no necesita ir muy lejos para descubrir una razón del apuro. Mateo Alemán estaba a punto de sacar la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*. La primera parte de esa novela picaresca había sido un clamoroso éxito editorial. ¿Por qué no había de serlo también la segunda? De publicarse *Don Quijote* después de la segunda parte del *Guzmán*, hubiera, con toda probabilidad, recibido escasa atención de lectores cautivados por la continuación del *best-seller*. *Don Quijote* debía a toda costa, pues, aparecer antes de la segunda parte de Alemán. La “aspiración [de Cervantes] a ser persona importante y de primera línea”³⁹ no sería renunciada. Corrección y pulimento inportaban menos ahora que una rápida publicación. Así, *Don Quijote* ingresó al mundo de sopetón, inapropiadamente ataviado. Cervantes ganó la carrera (obtuvo el privilegio para Castilla el 26 de septiembre de 1604; a Alemán no se le otorgó el suyo —para Portugal— sino el 4 de diciembre); sus cálculos quedaron confirmados y el libro fue un éxito inmenso. ¿A expensas, quizás, de algunos jirones de su integridad artística? Nadie —sino quienes no han conocido nunca la ambición o la pobreza— se atreverá a censurarlo.

³⁸“Cómo se hizo el *Quijote* y dinero que Cervantes ganó con él”, *ABC*, edición semanal aérea (Madrid, 29 de abril de 1954), col. 1 del artículo (sin paginación).

³⁹Américo Castro, “La ejemplaridad de las novelas cervantinas”, en *Semblanzas y estudios españoles* (Princeton, 1956), p. 301.